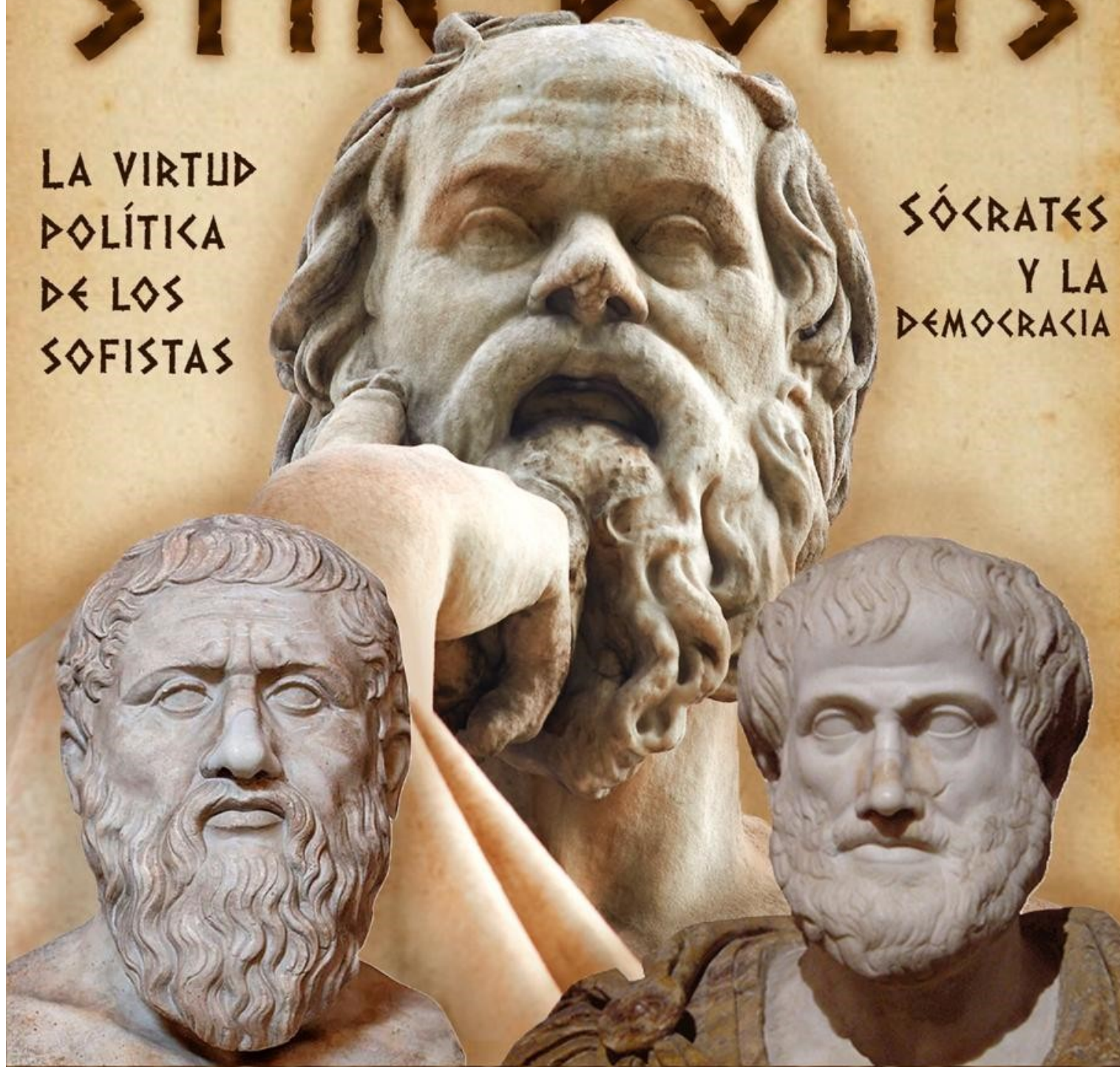


EDITORES: LUCIA SEDANO, FATIMA TRUJILLO, RODRIGO ECHEVARRIA Y MARIA GRACIA PAZ

ΠΟΛΙΤΙΚΗ ΣΤΙΝ ΔΩΛΙΣ

LA VIRTUD
POLÍTICA
DE LOS
SOFISTAS

ΣÓCRATES
Y LA
DEMOCRACIA



¿QUÉ NOS ENSEÑA LA FILOSOFÍA GRIEGA ANTIGUA SOBRE CIUDADANÍA?

EDITORIAL:

Cuando hablamos sobre civilizaciones antiguas, es muy común sacar a relucir el tema de los sistemas de gobierno o regímenes políticos que había en el pasado. Generalmente, solemos imaginar que la gente del pasado vivió de una manera completamente distinta a lo actual. Por lo general, imaginamos un régimen tiránico o una monarquía llevada a cabo por una persona a quien su pueblo consideraba como hijo o encarnación de su dios. Sin embargo, no ocurre lo mismo al pensar en la civilización griega. Además de la filosofía, de las togas y su mitología, uno de los aspectos que más caracterizan a los antiguos griegos es la democracia y la ciudadanía, las cuales son aspectos bastante representativos de los regímenes políticos modernos y que, junto con la filosofía, nos hacen imaginar a los griegos como una civilización bastante adelantada a su tiempo. Pero, paradójicamente, este aspecto de la civilización griega es desconocido para muchos. Un dato que pocos saben, pero que suena bastante lógico y hasta obvio, es que los griegos no siempre fueron demócratas ni tuvieron siempre el mismo concepto de ciudadanía. No solo recordemos que antes del siglo V a.C. pasaron por regímenes como la monarquía o la oligarquía. Incluso en el tiempo en que ciudades importantes como Atenas fueron democráticas hubo detractores. No todos los griegos apoyaban dicho régimen o al menos, no exactamente como era ejercido en aquel entonces. Afirmar que la democracia griega tuvo como detractores y opositores a grandes filósofos podría llevar a plantearnos algunas preguntas que, a su vez, nos podrían hacer dudar de la democracia como el régimen ideal para los tiempos actuales y venideros. Podríamos hacernos preguntas tales como: si la democracia no fue apoyada por los más sabios, ¿cómo podemos estar seguros de que se trata de un buen régimen político para nuestros países?

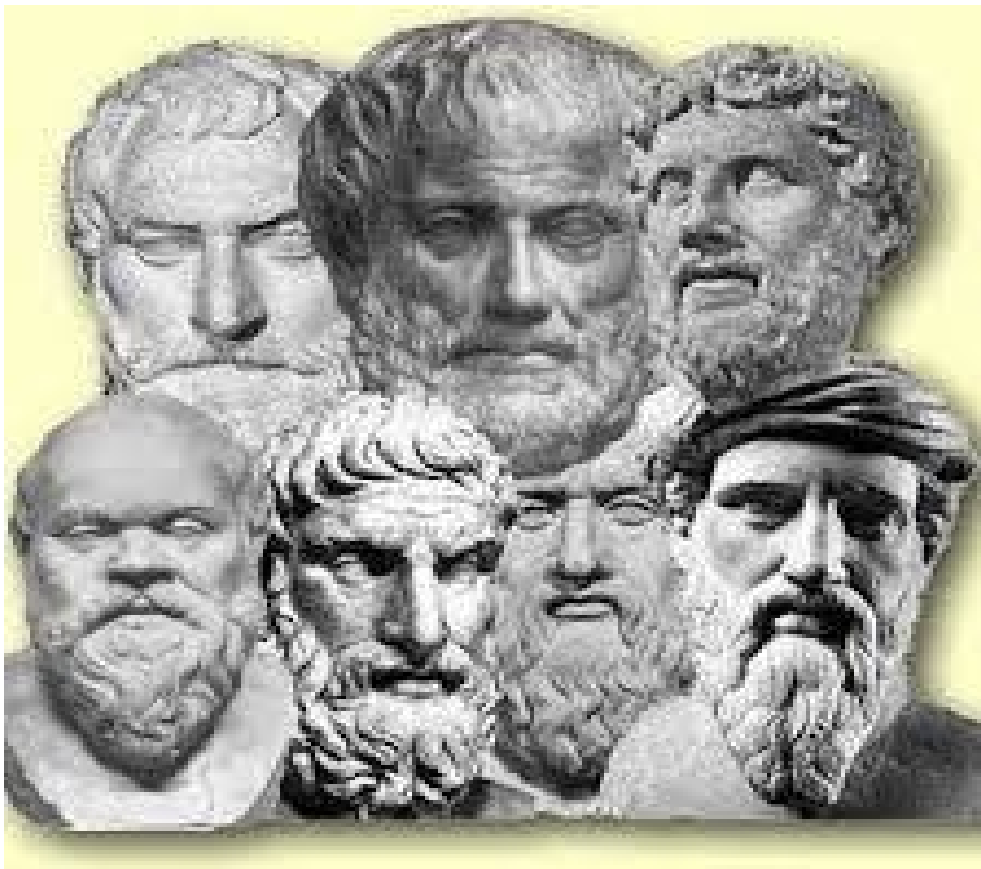


Arriba: Ágora o asamblea griega en la antigüedad. Abajo: debates en el congreso en la actualidad. Ambas escenas no lucen muy distintas, ¿no? La civilización griega es considerada la cuna de la civilización occidental.



Pero recordemos que la democracia griega no es la misma que la que tenemos hoy en la actualidad. Después de tantas conquistas, revoluciones, guerras mundiales y demás, la democracia actualmente ya no podría ser la misma que fue en el momento de su concepción. De todas maneras, quedan algunas dudas: ¿Cómo era la democracia originalmente? ¿Cómo eran concebidos la política y el ejercicio de la ciudadanía en las polis? ¿Qué posturas políticas tuvieron filósofos famosos como Platón o Aristóteles? ¿Aún es posible aplicar algunos arquetipos griegos en la actualidad o estos han perdido vigencia? Aclarar algunos términos clave sería un buen inicio. Por ejemplo, la democracia

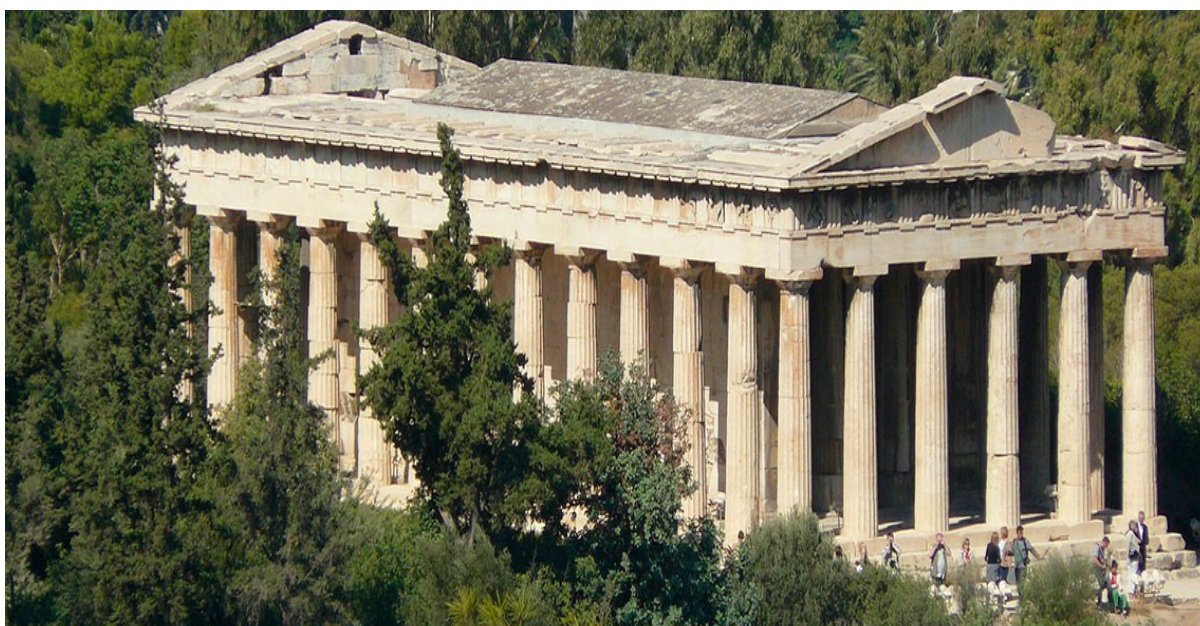
fue definida por Aristóteles como el gobierno de los libres, mientras que Platón la define como el gobierno de la mayoría del pueblo. La política fue concebida por Aristóteles como la actividad de participar en un diálogo público sobre cuál es la forma de vida más valiosa o mejor y no una mera decisión sobre cómo sobrevivir (Zoé). La virtud política para los sofistas era la retórica, mientras que para Platón, esta era la justicia que partía de la Idea del Bien, un concepto platónico. Mientras el logos era entendido como “palabra” por los sofistas y estos le usaban con el fin de persuadir y convencer en sus discursos políticos, los filósofos como Sócrates o Platón preferirían entenderlo como “razón” y usarlo para llevar a cabo un diálogo que permita llegar a la verdad. Por último, Aristóteles entiende el logos como la palabra humana que va más allá del llanto de un animal o del mero ruido; en cambio, esta sirve para comunicar pensamientos y determinar el mejor régimen para la polis. Pero todos estos datos sirven solamente para eso: un buen inicio. No bastan para hacernos una idea realmente precisa de la ciudadanía y la política en la antigua Grecia. Consideramos que podríamos tener un panorama más amplio si indagamos más profundamente en los pensamientos de los filósofos y otros personajes que contribuyeron a la ciudadanía y la política de aquella época.



Arriba: Algunos de los filósofos más famosos que alguna vez Grecia vio nacer. Al menos dos de ellos estarán en esta revista.

No cabe duda que los filósofos griegos son de los más famosos que existieron. Muchas veces, al escuchar la palabra filosofía, a mucha gente se le viene a la cabeza la imagen de un señor con barba y toga en lugar de figuras más modernas como Jürgen Habermas o Axel Honneth. Sin embargo, un aspecto poco conocido acerca de ellos es su postura política y su opinión de la ciudadanía. Olvidamos que varios de los filósofos más famosos vivieron en la época de la democracia griega y bien pudieron haber aportado significativamente a este sistema con sus distintas prácticas filosóficas, como una crítica, una recomendación o con alguna otra acción similar. Como consecuencia de dicho olvido, muchas personas no conocen o no tienen una idea clara sobre esta faceta de los filósofos griegos.

En las próximas páginas de esta revista, los lectores podrán conocer las ideas que algunos filósofos tenían sobre la ciudadanía, la democracia y demás, así como su propuesta de un buen régimen político y algunas críticas que ofrecer al respecto. Se presentarán algunos análisis a la ciudadanía y la política que había en el tiempo de los griegos hechos por personajes bastante conocidos, tales como los sofistas, Sócrates, Platón y terminaremos con Aristóteles. De esa manera, podremos aproximarnos a la forma de ejercer la ciudadanía en Grecia del siglo V a.C, así como conocer varias posturas críticas de esta hechas por los personajes anteriormente mencionados. Finalmente, luego de brindar un breve análisis sobre cada una, determinaremos qué enseñanzas podemos obtener de ellos y saber cómo aplicarlas en la actualidad.



Arriba: Ágora de Atenas. Así luce actualmente el lugar donde los ciudadanos atenienses celebraban sus asambleas para discutir asuntos importantes de la polis. Si este edificio hablara...

¿Puede la “virtud política”, sofisticadamente interpretada, contribuir a la práctica política democrática?

Los sofistas eran pensadores que se encargaban de difundir el conocimiento entre el pueblo; más precisamente, enseñaban al pueblo griego temas relacionados a la ciudadanía y la política. Por otra parte, como ya se mencionó anteriormente, fue en la Antigua Grecia donde se concibió la forma de gobierno más característica de la edad contemporánea: la democracia. Como sucede con todo lo nuevo, la democracia tuvo tanto partidarios como opositores entre los filósofos y demás personajes griegos. Recordemos que los sofistas eran los encargados de enseñarle al pueblo acerca de política y ciudadanía, ¿Qué decían estos de la democracia? ¿Contribuían a la difusión del, en aquel entonces, naciente sistema? Fueron varios los temas tratados por los sofistas, pero en esta ocasión solo se explorará uno: la retórica como virtud política. A continuación, se determinará si esta puede ser contribuyente a la práctica política de la democracia. Se repasará la visión griega de la democracia, así como la relación que esta tenía con los discursos y la persuasión con esta y los procesos democráticos. También se explorarán algunos conceptos básicos de la retórica y la visión que tenían algunos sofistas sobre esta. Finalmente, serán contrastadas todas las ideas recopiladas y se determinará si la virtud política (retórica) entendida por los sofistas es compatible con la práctica política de la democracia.

La democracia es un tipo de gobierno en el cual el pueblo puede ser partícipe de las decisiones políticas; sin embargo, la forma como la entendemos ahora no es la misma a como la entendían los griegos: en la actualidad, la mayoría de personas consideramos que la esencia de un Estado democrático es el sufragio, mientras que en la antigua Grecia (específicamente en Atenas) la participación del pueblo se manifestaba al transmitir sus opiniones en la asamblea de ciudadanos. Asimismo, se entiende por “virtud política” ,sofisticadamente interpretada, a la retórica, es decir a la disciplina que transmite discursos con el objetivo de deleitar y convencer al público al que el retor se dirige. Dicha “virtud política” cumple con una serie de características. Según los sofistas, estas incluyen, principalmente, al poder de persuasión y al carácter verosímil, agonal y

engañoso. Con ello los sofistas se referían a que el discurso, al ser el arte de la palabra, tenía el poder de hechizar a grandes masas si es que el retor manejaba efectivamente esta disciplina. En muchas ocasiones, el mensaje transmitido no era verídico, sino solamente verosímil. Mientras lo verídico es sinónimo de verdad, la verosimilitud representa una afirmación que es aparentemente verdadera pero que, en esencia, no lo es. Al ser expuesto con palabras bellas y, adicionalmente, considerando la habilidad del retor, dicho mensaje se lograba impregnar exitosamente como una idea verdadera en la mente quienes lo escuchaban. Este era el gran poder que el discurso, como “virtud política” poseía. De esta forma, se puede apreciar cómo estos conceptos (retórica y democracia) se interrelacionan al momento de expresar una opinión.

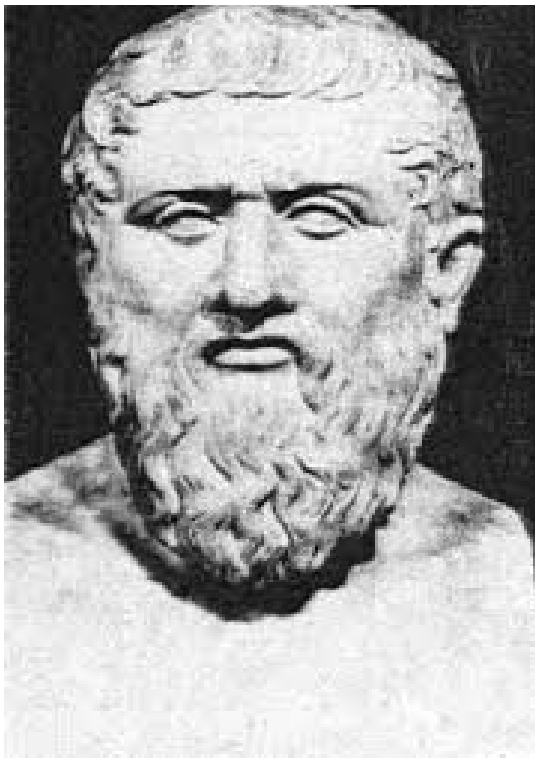


Arriba: Político haciendo uso de la retórica para convencer a los demás ciudadanos de tomar su postura.

Como fue explicado al principio, la asamblea era la máxima representación de la democracia ateniense. En esta, algunos oradores exponían argumentos a favor de algún asunto en particular; seguido de ello, otros procedían con los argumentos en contra y, por último, se daba una votación. Resultaba, entonces, de vital importancia para la polis y sus asuntos lo que cada ciudadano argumentaba, y cómo lo percibían los demás, ya que un “simple discurso” podía influir significativamente en el voto de una persona. Tal como menciona Gorgias de Leontinos, la palabra puede ser una especie de hechizo que logra cautivar y persuadir al que la escucha. Así, cualquier orador (es decir, cualquier ciudadano) que hiciera un buen uso de la palabra (logos) podía convencer a los demás

de asumir su postura como propia y, de esta manera, influenciar en las decisiones concernientes a la polis.

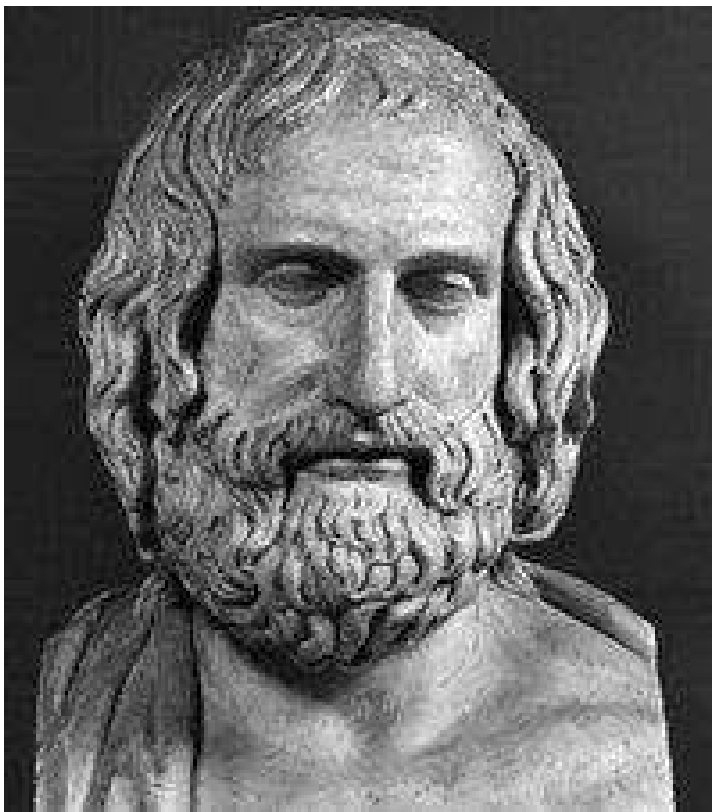
Por su parte, la retórica tiene su origen en los diálogos y el papel que toma el logos (entendido, esta vez, como razón) en estos. Desde antes de Sócrates, se entendía al logos o razón como “lo entendido” de un ente, que también pertenece a la estructura del mismo ente; en otras palabras, el logos es el “ser” de un ente, su razón. Pero ocurre algo distinto al usar el logos para convencer o persuadir, ya que es diferente el ver las cosas que hablar u oír de ellas. Cuando uno observa las cosas, las tiene ante sus ojos y comprende el “ser” de ellas. Pero cuando uno dialoga, ya no tiene las cosas ante sus ojos; ya no comprende el “ser” de estas, sino los pensamientos del otro hablante. De esta manera, los problemas del ser se vuelven problemas del decir y aparecen las contradicciones, disputas y discusiones entre ambos hablantes. Estas llevan a la persuasión, en la que prima la opinión (el parecer, el criterio) que parezca más fuerte. Para persuadir, se necesita hacer vacilar o conmover al adversario, por lo que el razonamiento es reemplazado por el discurso y la retórica. La retórica y la persuasión (ambos son términos estrechamente vinculados) fueron de gran importancia para los sofistas, como veremos a continuación.



Gorgias de Leontinos, sofista.

Profundicemos en la visión que tenían algunos sofistas de la antigua Grecia acerca de la retórica y las cualidades que estos le atribuían. Por un lado, Gorgias entendía la retórica y

la persuasión como un equivalente de la medicina. Compara la acción de la palabra (logos) con la acción de los medicamentos (pharmakon): de la misma manera en que la medicina puede acabar con la enfermedad o con la vida de una persona, el discurso (producto de la retórica) puede llevar al público a la alegría, pena o miedo mediante la persuasión. Este sofista entendía que la retórica podía ser usada como un medicamento o como un veneno. Por lo tanto, esta podría ser usada para organizar a las personas y a la sociedad, mostrarles el camino correcto y exhortarlos a obrar con justicia; pero también puede inducirles a actuar de un modo pernicioso y perjudicial para la sociedad, fruto de un discurso que los cautiva como si de un hechizo se tratase. Debido a que la persuasión es, en cierto modo, un engaño, seduce al alma hasta el punto de parecerse a la enfermedad o a un hechizo, como vimos anteriormente. Pero es conveniente y justificado si busca el bien del persuadido. Según Gorgias, es con esa enfermedad, engaño o hechizo que se puede alcanzar la eminencia de la physis humana por medio de la retórica, que, al ser usada para el bien del persuadido, se considera como una virtud política.



Protágoras de Abdera, sofista.

Por otro lado, otro importante sofista de la antigua Grecia que planteó la importancia de la retórica en la sociedad fue Protágoras de Abdera. Él estableció varias relaciones entre el nominom (ley positiva) y dikaion (moralidad) y una de ellas fundamenta que, si bien un mecanismo legal puede ser (o parecer) injusto en casos individuales, el pueblo en

conjunto lo llegará aceptar si es que este les trae beneficios. Además, afirma que es necesario establecer el orden político (justicia) aún cuando no satisfaga la moral de cada individuo. A pesar de ello, Protágoras establece un cuestionamiento, pues si el pueblo elige lo que le conviene, ¿cómo se sabe si se está siguiendo un argumento erróneo? y ¿qué argumento se debe considerar más importante?. En primer lugar, Protágoras afirma que, aunque todos los juicios y criterios son verdaderos, existen unos más valiosos que otros. La persona que dilucida este aspecto y evalúa los argumentos en cuestión es el retor, quien era considerado como alguien sabio con creencias “más fuertes y mejores”. Él se encargaba de establecer cuantitativamente, tomando en cuenta ambos puntos de vista contrapuestos y defendiéndolos con igual éxito, qué criterio resultaba el vencedor, al ser este más fuerte y con mayor cantidad de realidad (mejor fundamentado). De esa manera, las leyes que son dictadas por el consentimiento de la mayoría solo pueden traer cambios positivos. En síntesis, el sofista en mención afirma que, para que la ley positiva genere mejores resultados, es necesario que exista una persona sabia y con dominio de la retórica (el retor) que elija qué criterio tiene mayor valor frente a otro.

Por último, otra característica de la virtud política y la persuasión es que, debido a que la relación entre la realidad y la manera en la que cada uno la interpreta y concibe es única y distinta, y no está definida de una manera que no puede ser cambiada, sino todo lo contrario, va cambiando de acuerdo a nuestras vivencias, experiencias o, en este caso en especial, de acuerdo a la influencia del discurso, la retórica y la opinión e ideas de las cuales el orador nos vaya convenciendo y creamos, no necesariamente que son completamente ciertas, sino que más bien son posibles, capaces de ser cumplidas, o, en palabras del texto, verosímiles.

Por todo lo expuesto, la virtud política juega un papel muy importante en el desarrollo y práctica de la política democrática, ya que es la encargada de convencer y demostrar cuán verosímil y provechosa es una idea a la ya mencionada asamblea de aquel entonces, por lo que influencia de gran manera y determina el rumbo de la democracia. Asimismo, otra razón por la cual es importante es que la retórica, estrechamente relacionada con la virtud política, se encarga de organizar y dirigir a la sociedad al decidir mediante la oratoria y el debate las ideas en las que se podrá basar la sociedad y los ideales que esta perseguirá, como bien lo mencionó Gorgias, puede ser tanto veneno como medicina.

Entonces, como es fácil de suponer, el aspecto filosófico tratado por los Sofistas que consideramos más relevante es la retórica pues, como se ha intentado demostrar previamente a través de sus enseñanzas, esta resulta vital para asuntos de la democracia (tanto en la Antigua Grecia como ahora). La retórica puede cambiar nuestra

forma de apreciar posturas, discursos, ideas, planes; de tal forma, este arte puede cambiar también el rumbo de una ciudad. Sin embargo, en cuanto a aspectos que podrían resultar criticables en lo expuesto por los Sofistas, podemos hacer hincapié en la valoración que se le daba a esta técnica, pues si bien puede ser de suma importancia en cuanto al rumbo de la polis, consideramos que deben primar sobre esta otras virtudes, tales como la verdad o la justicia.

¿La práctica filosófica de Sócrates es consistente o inconsistente con la práctica de la democracia ateniense del siglo V?

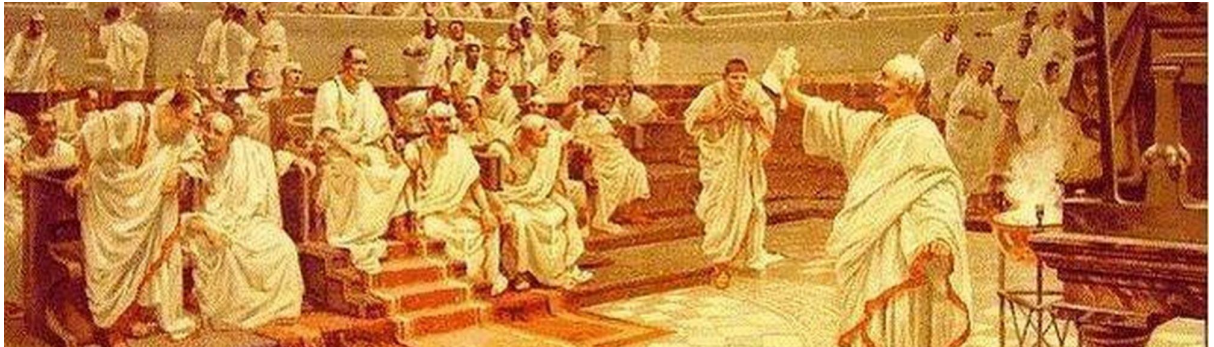
Como ya sabemos, la Atenas del siglo V estaba regida por la democracia que, a su vez, se caracterizaba principalmente por la obediencia dogmática a las leyes impuestas y por la importancia del doxa, que se veía representada en la participación ciudadana en las asambleas (en las que se tomaban relevantes decisiones referentes a la polis). En este contexto, aparece Sócrates, un filósofo revolucionario para la época y a quien, aún hoy, nos resulta difícil comprender. Esto se debe a que Sócrates por sí mismo no publicó ninguna clase de manifiesto que exponga sus ideales. Asimismo, este posee una gran cantidad de detractores y defensores que, al no tener una imagen fiel de sus pensamientos, han creado diferentes personajes (diferentes "Sócrates") sobre él según la forma en que ellos lo han percibido y de acuerdo a sus propias creencias. De esta manera, el Sócrates "histórico", fielmente hablando, no existe o no está claramente determinado. Solo conocemos varias representaciones: patriota fiel, pensador peligroso, demócrata crítico, etc. Estas fueron construidas por diversos autores y figuras filosóficas; por lo tanto, existen, a su vez, distintas versiones de lo que significó la práctica filosófica de este para la democracia ateniense del siglo V. En el presente texto, después de analizar diversas posturas referentes tanto a la identidad como al accionar de Sócrates, se determinará si es que dicha práctica filosófica, con los pocos recursos existentes sobre sus creencias, iba de acuerdo o no con la polis democrática.

Según Benítez, Sócrates obedeció sus obligaciones comunitarias como ciudadano, pero como filósofo se basó en los resultados de su investigación. Es decir, Sócrates siguió su propia verdad que resultaba de lo que él mismo indagaba de forma individual. Esto provocaba que el individuo se concibiera como autosuficiente y vaya en contra de los

principios que reinaban en la polis. Esta actitud individualista paraliza toda actividad cívica, ya que, según Pericles, quien no forma parte de los asuntos públicos es un inútil para la ciudad. Además, la antigua Grecia estaba compuesta por comunidades cívicas orientadas a lo público; sin embargo, Sócrates no expresaba sus ideas en discursos de manera manifiesta hacia una masa de personas en auditorios, sino mediante diálogos íntimos o privados con un discípulo. Esta actitud era mal vista y considerada antidemocrática, ya que las ideas que él expresaba no eran sobre su vida privada ni lo inefable, como el secreto religioso, sino que eran opiniones sobre cuestiones que le concernían a la polis en conjunto, tales como el valor cívico, la justicia, la piedad, etc. Según la Apología de Platón, Sócrates deja en claro, ante el Tribunal que lo condena a la muerte, que él no ha tenido tiempo de realizar ningún asunto para la polis que sea digno de citar. Beneitez afirma que, según Benjamin Barber, la filosofía busca y tiene como fin la verdad, mientras que la política concierne a la presencia de distintas opiniones e intereses, muchas veces contrapuestas. La filosofía se concibe como una especulación de verdades y por otro lado, la política es una aportación de varias personas para lograr un fin buscado por todos. Es decir, Sócrates practicaba su propia forma de civismo, centrándose en la mejora de la persona; pero no iba de acuerdo al ideal democrático de la polis.

Profundicemos más en su representación en la obra “Apología de Sócrates” de Platón. En esta, difícilmente podría ser calificado como un “idiotes” (entiéndase este término como “persona a la que poco o nada le importan los asuntos de la polis”), ya que manifiesta que él no hace daño a nadie, sino todo lo contrario: dice hacerle el mayor bien a la gente a la que cuestiona e interroga. Sócrates considera que es importante que cada persona se conozca a sí misma y plantea que el examen es indispensable en la vida. Por este motivo, cada vez que se cruzaba con alguna persona, la cuestionaba y le preguntaba acerca de las cosas que dicho individuo creía conocer; en otras palabras, lo examinaba. De esa manera, el individuo que se consideraba sabio se daba cuenta de su propia ignorancia (motivación de la filosofía según Sócrates) y buscaría aprender y saber más. De este modo, Sócrates impulsaba a cada individuo, de manera particular, a ser más sabio. Quizás sus métodos no hayan sido del todo efectivos, ya que, en muchas ocasiones, más que inculcar la motivación de aprender en el interrogado, terminaba ganándose su enemistad. Pero la intención de Sócrates al dedicar su vida a examinar a cuanto ateniense se encontrase en su camino era beneficiar a cada individuo y, por consiguiente, a la polis. Además, en cierta parte, menciona que él no se veía como un maestro: solamente hablaba y no negaba a nadie el poder escucharlo; asimismo, todo lo

que decía en privado lo decía en público también, de modo que no ocultaba nada a ningún ateniense. En síntesis, según la “Apología de Sócrates”, este personaje no sería un idiotes, ya que cuestionaba a la gente con la intención de motivarlos a mejorar. Se podría decir, según esta obra, que Sócrates, aunque no de la manera tradicional (como haría un sofista o un orador), sí contribuía a la sociedad (y a la polis) y buscaba que esta fuese mejor; no obstante, debido precisamente a lo revolucionarios que eran sus métodos, estos no resultaban compatibles con la democracia ateniense de la época.



Arriba: El juicio de Sócrates, hecho en que se basa el libro “La Apología” de Platón

Por otra parte, según el enfoque de Hannah Arendt, Sócrates no era simplemente una persona que obedecía las leyes de la antigua Atenas, tampoco era alguien que iba en contra de las leyes y buscaba una anarquía o un derroque de aquella democracia; sino que, parafraseando a la autora, Sócrates era una persona que había alcanzado el equilibrio en cuanto a pensar y actuar. No era simplemente alguien que seguía las leyes a ojos cerrados, sino un sujeto cuestionador que se preguntaba el porqué de las leyes, cuál era su propósito y qué beneficio podrían traer estas a la sociedad. Dicho cuestionamiento de Sócrates es visto como un hecho totalmente pertinente y justificado por Arendt, y el hecho de que comparta sus dudas y posteriormente trate de influir y generar las mismas reflexiones en aquellas personas con las que mantenía contacto también era prudente para la autora. Ello se debe a que, según ella, generaba un perfecto equilibrio entre el pensar y el actuar; seguía las leyes pero se cuestionaba su validez y actuaba pero no de manera imprudente, sino con el objetivo de lograr un aporte para los demás.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, Platón, en el diálogo “El Critón”, también construye a un Sócrates fiel a las leyes atenienses, sin embargo, este no es un seguidor ciego, sino un sujeto reflexivo y cuestionador que sigue el camino de la virtud y, por ende, evalúa en todo momento el carácter justo (o injusto) de cada situación. Aquí se evidencia cómo existe una concordancia entre la palabra y la acción de Sócrates; ya que éste, al ser un sujeto racional, no concibe posibilidad alguna de cometer un acto injusto (huir y

salvar su vida material) dado que él ha predicado, a lo largo de su vida, que es un fiel seguidor de lo justo y lo racional. Por lo tanto, podemos notar, tanto en lo escrito por Platón como en lo escrito por Arendt, que el obedecimiento a las leyes por parte de Sócrates se basaba en su lógica de seguir la virtud y no en un amor por las leyes en sí mismas como se podría creer. Por otro lado, también podemos notar en “El Critón” a un Sócrates que considera poco relevante la opinión de la mayoría ante la toma de una decisión y; en cambio, opta por seguir solamente la opinión de los expertos o de los más sabios. Esta particularidad del pensamiento de Sócrates representa una clara contraposición hacia la participación de todos los ciudadanos en la toma de decisiones públicas y ello era precisamente lo que ocurría en las asambleas, elementos claves de la democracia ateniense. En suma, si bien Sócrates respetaba las leyes (por sus principios), tenía otras discrepancias de gran magnitud con la democracia ateniense.



Arriba: Prisión en la que encarcelaron a Sócrates y donde, asimismo toma lugar “El Critón” de Platón (previo a la muerte de Sócrates)

Finalmente, podríamos afirmar que la postura de Sócrates estaría más próxima a la de un demócrata crítico que a la de un “idiotes” o un patriota fiel. En la obra de Benítez se le señala como tal ya que no participa de los asuntos cívicos y políticos de la polis, sino que practicaba su propia forma de civismo orientado a la mejora de su persona. Ya en la Apología de Sócrates se indaga un poco más dentro de su modo de proceder, en donde se concluye que Sócrates pretendía la mejora de la sociedad por medio de los cuestionamientos y la mayéutica. Por otra parte, explorando el pensamiento de Hannah

Arendt se concluye que Sócrates no iba en contra de las leyes, sino que las cuestionaba, tal y como decía hacer con los atenienses en su dichosa apología. Finalmente, en la obra "El Critón", se explora más a fondo la visión de Sócrates acerca de las leyes, además de profundizar más en los cuestionamientos que él tiene para ciertos principios de la democracia. Por consiguiente, podemos deducir que el pensamiento de Sócrates, efectivamente, concordaba con ciertos parámetros de la democracia, ya que buscaba que el pueblo, soberano, fuese ilustrado. Sin embargo, también buscaba cuestionar las leyes y demás dogmas que él consideraba incorrectos; es decir, los criticaba. Además, la práctica democrática ateniense se basaba en la participación de todos los ciudadanos mediante la implementación de las asambleas, es decir, se basaba en el *doxa* (opinión pública). En contraste, la práctica filosófica de Sócrates se guiaba por la reflexión y crítica de las leyes; el discernimiento entre lo justo e injusto y todo ello regía su actuar y, finalmente, estaba en contra de basar su actuar en lo que la mayoría dijera, este solo seguía lo que creía justo y racional. Por todo lo anteriormente mencionado, podemos concluir que la práctica filosófica de Sócrates era inconsistente con la práctica de la democracia ateniense del siglo V.

Asimismo, consideramos que el aspecto más resaltante de lo que ha sido analizado en cuanto a la práctica filosófica de Sócrates y la relación de la misma con la democracia es la valoración que dicho filósofo le atribuye a la justicia, ya que esta permite que los ciudadanos no se dejen llevar por intereses personales y, por lo tanto, permite una mejor polis. Por otro lado, existen también elementos en la práctica de Sócrates que resultan, bajo nuestro punto de vista, criticables, tal como la visión de Sócrates con respecto a la opinión popular. Si bien es comprensible que este desee basarse en la opinión de los expertos o los más sabios para tomar decisiones personales, la del pueblo no puede ser tomada como irrelevante (ya que, según Sócrates, el pueblo no piensa y solo se aventura a juzgar), ya que su sentir debe ser escuchado al momento de tomar decisiones que le conciernen a toda la polis.

UNA MIRADA EN LA FILOSOFÍA PLATÓNICA

Platón fue uno de los filósofos más importantes de la antigüedad; este fue discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles; como ellos, cambió trascendentalmente la forma en la que se concebían distintos aspectos de la polis. Sin embargo, ciertas posturas y actitudes que presenta Platón, difieren de las de sus semejantes. Por ejemplo, a diferencia de Sócrates (a quien, como ya hemos mencionado, podríamos definir como un demócrata crítico), Platón no consideraba que la democracia fuera un régimen beneficioso para la

polis (a tal punto que esta constituía el segundo peor régimen). Asimismo, difería de estos en aspectos tales como la publicación de sus reflexiones (ya que, como sabemos, Sócrates nunca publicó un escrito y lo que se sabe de este es, en gran parte, a través de Platón) y el resultado final de las mismas, pues Platón solía ser conciso en sus conclusiones, mientras que Aristóteles no era muy específico con estas y Sócrates, por su parte, solía terminar sus reflexiones y discusiones en aporía. Platón brindó aportes trascendentales tanto a la polis como a la humanidad; entre estas, podemos encontrar la teoría de la reminiscencia, la teoría de las ideas (mundo sensible y mundo inteligible), ideas sobre el alma, sobre la ética y sobre la gobernabilidad; estas últimas, por ser relevantes tanto para el individuo como para toda, serán analizadas a continuación.

En cuanto a las posturas filosóficas de Platón que consideramos más importantes, tenemos, en primer lugar, en el libro III y IV, su postura con respecto a la educación, la cual creemos que es fundamental, ya que Platón se va a centrar en el cuidado del alma y para ello, él dirá que es esencial educar a los jóvenes, o los futuros guardianes de la polis, mediante la gimnasia y música. Para él, estas deben estar basadas en la simplicidad ya que esto generará moderación y salud al cuerpo.



Arriba: Educación en atenas, formación de los futuros guardianes de la Polis.

Asimismo, Platón cree que para que los ciudadanos puedan ser buenos es necesario que no exista la propiedad privada y que los bienes que posean sólo serán de primera necesidad. Sin embargo, él es consciente de que es necesario un medio que convenza a las personas de seguir esto. Por ello, se propone la predicación de un mito. Este se centrará en señalar que la riqueza que ellos anhelan ya la poseen, pues han sido creados por los dioses con materiales como oro, plata y bronce. Entonces, al contar las riquezas divinas, ya no desearán la humana. Es así que los gobernadores fueron hechos con oro, los guerreros por plata y los artesanos de bronce o hierro. Es así también que alguien con alma de bronce no puede gobernar una ciudad, debido a que no está en sus capacidades hacerlo. En síntesis, Platón quiere decir que cada uno de los ciudadanos de una polis debe seguir la función natural que posee. Cada metal tiene su bondad y no debe estar determinado a un trabajo que no le corresponde. De esta forma es que Platón crea una estructura del Estado en la cual cada uno posee una única función inmutable. En la cúspide se encontrarán los sabios, en el centro los guerreros y en la base los artesanos. Para este filósofo el que alguno de secciones de la base realice el trabajo de una clase superior sería una injusticia para la polis. Es así como Platón define que justicia es realizar la acción que a cada uno de le corresponde para llegar al bienestar máximo de la polis. Asimismo, Platón, a través de Sócrates, expresa que existen tres partes en el alma (apetitiva, racional y fogosa), las cuales se relacionan con la jerarquización de la polis. Aunque estas tres partes están en todas las almas, en algunos predomina más una. Es así que, para Platón, en los gobernantes domina lo racional, los guerreros poseen la fogosidad y los artesanos, la apetitiva. Cada uno de ellos de utilizar esta "parte" para generar un bien común a la sociedad. Con esta correlación Platón logra mostrar la fuerte imbricación del alma humana con la estructura de la polis,

Por otra parte, en los libros VI y VII se habla del alma filosófica, cómo identificarla y cómo debe ser la educación para aquellos que la poseen y cómo mediante esta pueden llegar a ser buenos gobernantes para la polis. Consideramos que la postura filosófica de Platón aquí presentada es bastante cercana a la aristocracia entendida como el gobierno de los más virtuosos. Él sostiene que, en efecto, el filósofo debería ser rey o gobernante, ya que solo hombres sabios podrían discernir lo que es más apropiado y beneficioso para la polis. Pero quienes pudieron haber sido buenos filósofos se ven rápidamente corrompidos por la sociedad y la opinión popular, y los filósofos ya formados prefieren alejarse de la política. Esto causa que los filósofos no sean bien vistos como gobernantes. Lo que propone Platón es que aquellos que poseen alma filosófica deben seguir una educación especial para formarse tanto como filósofo como gobernante y de esa manera erigir una figura que sea bien recibida por el pueblo y que este comprenda

que un filósofo sí puede ser un buen político. Esta educación empieza por enseñar gimnasia, música y matemáticas a los estudiantes hasta los 20 años como un prelude al estudio supremo, enseñarles la dialéctica (considerada como el estudio supremo) hasta los 30, tomarles una prueba en las que se desprenden del mundo sensible para dedicarse de lleno a lo inteligible, de modo que hallen la Idea del Bien (bastante útil para entender la idea de la justicia, así como el sol es bastante útil para ver mejor) y finalmente, a los 50 años, colocarlos en el gobierno; además, una vez que lleven 10 años ahí, deben dedicarse a enseñar a otros discípulos que vendrán después de él (o ella). En resumen, Platón pretendía identificar a los más virtuosos de la polis, aquellos con alma filosófica, para educarlos para ser gobernantes y que estos, mediante la dialéctica y la Idea del Bien hallen lo mejor para la polis, aproximándose su postura a la aristocracia.



Alegoría del "Carro Alado", usada por Platón para explicar la naturaleza tripartita del alma

Por otro lado, en el libro VIII de la República, Platón hace un énfasis en los tipos de gobierno existentes y no solo ello, sino que adicionalmente los evalúa uno por uno. Es así como afirma que el mejor tipo de gobierno se ve reflejado en la aristocracia; siendo entendida esta como el gobierno de los virtuosos, es decir, los que poseen el aretè. Después de la aristocracia le siguen formas de gobierno corrompidas, las cuales son: timocracia, oligarquía, democracia y finalmente, tiranía.

La postura filosófica más relevante evidenciada en este libro es la explicación de cómo la virtud en el alma del hombre va desvaneciéndose, lo cual se ve reflejado en los tipos de gobiernos corruptos que surgen posteriormente. Esta decadencia de la virtud se explica debido a que los gobernantes de estas nuevas formas de gobierno son guiados ya no por la parte racional del alma, característica en los más sabios (los filósofos), sino que se dejan guiar por las partes apetitiva y fogosa de esta misma. Evidentemente, estas dos últimas partes del alma mencionadas son mal vistas por Platón debido a que dejan de lado la virtud para dar rienda suelta a la satisfacción los deseos más destructivos e innecesarios del hombre.

Por último, en el libro IX, Platón continúa enumerando los tipos de hombres asociados a los tipos de gobiernos, pero esta vez haciendo hincapié en el hombre tiránico y en cómo este no es el hombre más infeliz, sino que lo es el hombre tirano; es decir, aquel que contó con las herramientas y condiciones necesarias para llegar al poder (pues este es un hombre que no puede siquiera gobernarse a sí mismo y tiene que hacerlo, sin embargo, con toda la comunidad). Así mismo, procede a demostrar otros puntos, en los que lo más justo y lo más real siempre resulta lo mejor para el hombre. La primera demostración se relaciona al alma; esta tiene tres divisiones: la parte filósofa o amante del aprender, la ambiciosa o amante de los honores y la amante del lucro. La parte filósofa resulta ser la mejor, pues necesariamente ha experimentado otros placeres y examinado, con inteligencia y usando el razonamiento, cuál es el mejor. Por otro lado, su siguiente demostración se basa en el verdadero placer; el mismo que suele ser confundido con el reposo cuando lo único que se ha experimentado es el dolor. El placer resulta más real en cuanto satisfaga necesidades más reales, como aquellas que conciernen al alma y al conocimiento (en lugar de aquellas que solo se centran en lo relativo a nuestro cuerpo); por tanto, experimentará el placer más real el rey, mientras que el tirano (que encuentra el placer en festines y similares) solo experimentará un placer superficial. De la misma forma, analiza la conveniencia de ser justo y concluye que siempre debemos optar por este camino, aun cuando nadie más nos está viendo.

Por otro lado, consideramos que la jerarquización de la polis y las partes del alma correspondientes, si bien puede ser funcional y generar beneficios colectivos, resulta muy

represivo con los ciudadanos. Esto debido a que se les obliga a realizar una actividad que, según Platón, es para la que han sido dotados, sin importar si sus deseos individuales corresponden con esto. Asimismo, es una visión un poco restrictiva, ya que si se considera que no estás “hecho de oro” desde que naces, no vas a poder obtener la formación para lograr ser gobernador. De este modo se logra que solo un grupo sea el preparado y el que posiblemente llegará a organizar la polis, mientras que otro está predestinado a realizar otra función. Es decir, se monopoliza el saber en un pequeño grupo y la población, más grande, será la dedicada a solo dar sustento económico.

En los libros VI y VII también se da una muestra de esta monopolización, esta vez con la educación, ya que Platón la plantea esta solo para unos cuantos que serán gobernantes. Esto podría causar una especie de elitismo que segregue a aquellos que no recibieron dicha educación especial, es decir, el vulgo, la mayor parte del pueblo.

Por otra parte; en el libro XIII, como fue mencionado anteriormente, Platón menciona tanto el tipo de gobierno ideal (aristocracia) como los gobiernos corruptos (timocracia, oligarquía, democracia y tiranía) que surgen en cadena. A lo largo de la explicación brindada por Platón, a través de Sócrates, se puede evidenciar cómo éste concebía el orden de los gobiernos corruptos como algo axiomático. Es decir que, por ejemplo, de la oligarquía siempre surgiría la democracia o que de la timocracia siempre surgiría la oligarquía. Esta postura es criticable en cierta medida, ya que no en todos los casos se da este proceso axiomático. Prueba de ello es el caso de Antileón en Calsis, de Gelo en Siracusa y de Carilao en Lacedemonia. En el primer caso mencionado, surgió una oligarquía a partir de un gobierno tiránico; en el segundo caso un gobierno democrático surgió a partir de la tiranía y finalmente, en el tercer caso mencionado, de un gobierno tiránico se dio paso a uno aristocrático. Es así como, los casos previamente expuestos, rompen con la secuencia axiomática descrita por Platón en este libro.

Luego de hacer un pequeño análisis de cada uno, podemos deducir lo siguiente: Platón no estaba a favor de la democracia, eso lo deja muy claro en el libro VIII, en el que la muestra como un mal régimen, ya que quien gobierna es el pueblo, un ente concupiscente o apetitivo. Esto nos revela que Platón, a diferencia de Sócrates, quién (según vimos antes) sí contemplaba la posibilidad de un pueblo ilustrado, perdió toda esperanza en cuanto a éste. Lo pintaba como un ente que prefiere guiarse por sus deseos antes que por lo más beneficioso. Platón prefería la aristocracia (libro VIII), pero no de sangre sino de virtud, de areté. Sostenía que fuesen unos pocos individuos los que gobernarán la polis. Estos debían ser un tipo específico de persona, ya sea un ser “hecho de oro” (libro III) o alguien de alma racional (libro IV) o filosófica (libro VI). No acaba ahí, sino que también propone que estas tengan una educación especial en la que se les

instruya desde pequeños y se les inculque la dialéctica, el estudio supremo, para que sean unos gobernantes que beneficien más a la polis. Por último, quedaría recalcar que Platón entiende la justicia como ideopraxia: que cada uno cumpla su labor y que ahí se quede, que los filósofos sean gobernantes y no otros.

Si bien su intención de buscar lo mejor para la polis es buena, sus métodos para conseguirlo no lo son tanto. Estos pretenden concentrar y monopolizar el saber y/o la educación en un pequeño grupo, no dejando acceder al resto del pueblo a ello por no ser cierto tipo de persona (de oro, con alma filosófica, etc.). Aquello causaría una especie de clasismo o elitismo que podría dividir a la polis. Diríamos que es una buena idea, pero la forma en que Platón busca ejecutarla causaría los mencionados dilemas. Además, su afán de señalar la aristocracia como el mejor régimen se torna en dogma al ver como la secuencia de gobiernos (libro VIII) que él sostiene no se cumple infaliblemente.

¿Por qué Aristóteles no ofrece, igual que Platón una respuesta categórica sobre cuál es el régimen político ideal y cuál es su propuesta?

Como último filósofo a analizar, tenemos a Aristóteles, quien fue discípulo de Platón y mentor de Alejandro Magno. Es mucho lo que se puede decir de él, sin embargo, el tema aquí presente es aproximarnos a su postura política. Es bien conocido (y ya mencionado) el hecho de que Aristóteles difería de Platón en varios aspectos, como los elementos sensibles e inteligibles. No obstante, entre los pocos aspectos en los que concuerdan, se encuentra su postura frente a la democracia: esta no es buena. Pero, a diferencia de Platón, quien la criticó bastante y estableció un régimen y una ideología de manera concluyente, Aristóteles no plantea un régimen político definitivo; y, de la misma manera que ocurre con Sócrates, (aunque sin ser tan enigmático, ya que Aristóteles sí llegó a escribir libros) parte de su pensamiento se reduce a la especulación. A continuación, se repasará algunos de sus escritos; de la misma forma, estos serán analizados y la información de los mismos, contrastada. A partir de ello, buscamos dilucidar por qué Aristóteles no postuló ningún régimen político concreto.

Comencemos revisando el contenido del primer libro de "La Política". En primer lugar, Aristóteles menciona la característica particular de los seres humanos, que, además de diferenciarlo de ser un simple animal con "voz", vendría a ser la característica de los animales mediante la cual pueden expresar gozo o dolor; pero ningún otro sentimiento más estructurado o complejo le da la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. En otras palabras, dicha característica nos hace capaces de realizar

algo más que simplemente sobrevivir. Nos referimos a la palabra, atributo que, para el último filósofo griego de relativa importancia, es la principal característica del ser humano. Si bien en una primera instancia nos permite discernir entre lo correcto e incorrecto, en una segunda instancia es esta la que posibilita la realización no solo de la democracia, sino de la política. Gracias al uso de la palabra y a la comunicación e intercambio de ideas consecuente de su uso es posible determinar si es prudente o no un sistema de gobierno; y, de darse el primer caso, cuál debería ser dicho sistema que regirá las vidas de numerosos ciudadanos.

Por otro lado, para Aristóteles, la política no se debe basar en el poder o la dominación, sino en la búsqueda de la mejor forma de vivir y con ella la virtud, pues de lo contrario, la comunidad se reduciría a una alianza militar y la ley sería un mero convenio; es decir, una garantía de derechos de unos hacia otros, pero no será capaz de hacer a los ciudadanos buenos o justos. La comunidad existe con el fin de las buenas acciones y no solo de convivencia. Por ello, quienes contribuyen en mayor grado a la comunidad les corresponde una parte mayor de la ciudad. Es decir, se plantea que debe existir un grupo que gobierne basado en virtud política que este posee.

Por otra parte, Aristóteles, en el libro III de la política, expone que existen dos tipos de regímenes. En primer lugar, se encuentran los “rectos”, los cuales son los que atienden el bien común. En este grupo se encuentra la monarquía, la aristocracia y la república. En cambio, los que ejercen el mando atendiendo su interés individual, serán considerados “desviados”. Estos están conformados por la tiranía de la monarquía, la oligarquía de la aristocracia y la democracia. Podemos observar, entonces, que Aristóteles claramente encuentra ciertos tipos de gobierno mejores que otros y hace distinciones notorias entre estos; sin embargo, dichas distinciones son generales y, si bien nos revelan gran parte de sus convicciones políticas, no nos ofrece un régimen en concreto que él calificaría como el mejor.

Prosiguiendo con la opinión de Aristóteles acerca de los diversos regímenes, en el libro VI ahonda en su postura sobre la democracia. Para este filósofo, el régimen democrático es una constitución degenerada debido a que atenta en gran medida contra el gobierno de la ley. En la democracia pura no hay elementos que controlen a la voluntad popular; es decir, así lo dictaminado por el pueblo no vaya acorde a las leyes o no, será cumplido. Esto último es severamente criticado por Aristóteles, ya que un gobierno que no se rija por las leyes jamás podrá vivir en armonía; todo lo contrario: será caótico. Sin embargo, cabe resaltar que en este libro Aristóteles hace una excepción y menciona que es posible el hecho de que exista un régimen democrático adecuado (el cual se ve plasmado en el pueblo agricultor) en el cual es el pueblo el encargado de elegir las magistraturas, pero

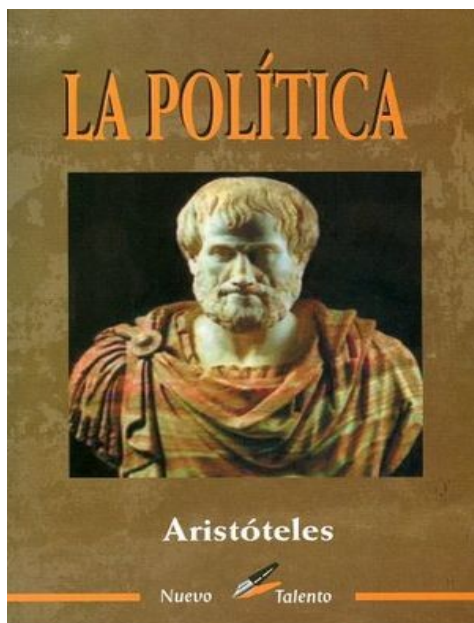
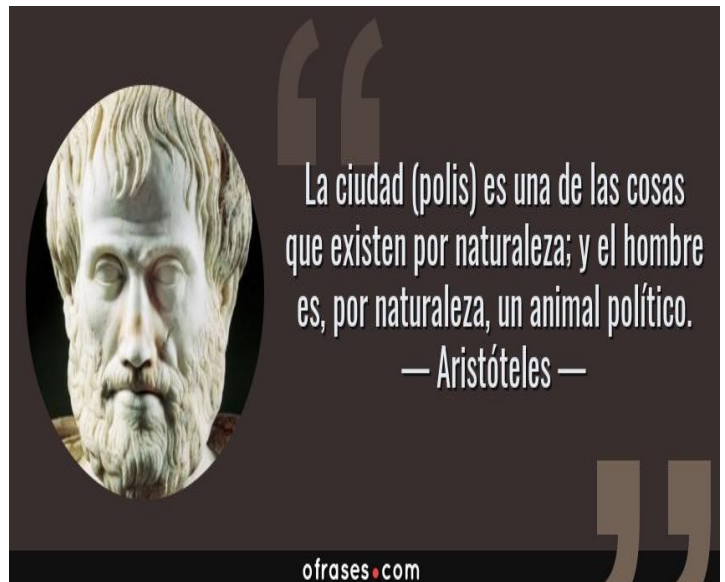
las más importantes serán asignadas a los de mayores rentas o a los más capacitados. Así, necesariamente se gobierna bien, pues las clases altas no serían gobernadas por aquellos a quienes consideran inferiores y las clases bajas, al participar del gobierno, estarían satisfechos, no sentirían envidia de las clases distinguidas y no generarían revueltas. Además, de esta forma, las clases altas no cometerían injusticias en sus gobiernos, ya que la tarea de rendir cuentas estaría asignada a otros y; por otro lado, las clases bajas tampoco podrían cometer otro tipo de injusticias tales como confiscar los bienes de las clases altas. Concluye así, que dentro de los distintos tipos de democracia que existen, esta es la mejor, pues es la que más se acomoda a las necesidades de todos y la que resulta más justa en cuanto a la repartición del poder.

Finalmente, en el libro número IV, propone, de manera aparentemente concluyente, la República como un posible régimen definitivo. Primero explora ambos regímenes (oligarquía y democracia) por separado, definiendo a cada soberano (en la democracia gobiernan los libres; en la oligarquía, los ricos), distinguiendo cada tipo de democracia y oligarquía, llegando finalmente a concluir que ambas pueden devenir en regímenes en que gobierna la voluntad arbitraria del soberano (sean los libres en la democracia o los ricos en la oligarquía) y no la ley. Razón por la cual Aristóteles no los tiene en buena estima y propone un ¿nuevo? régimen, definiéndolo como un intermedio entre la democracia y la oligarquía: la República. La razón por la que propone un régimen intermedio es que parezca que existen ambos y a la vez ninguno. De esa manera, habrá personas que piensen que viven en democracia y otras que piensen que viven en oligarquía. Cada una verá lo que desea ver y no preferirán otro régimen ni querrán cambiarlo.

En síntesis, puede que Aristóteles no haya presentado nada concluyente debido a que, según las ideas que pregonaba, él no creía tener la verdad absoluta, sino que más bien buscaba exhortar al pueblo a pensar y reflexionar para hallar lo mejor para la polis. Para entender mejor esta postura, hace falta establecer dos tipos de filósofos: el literato era aquel que poseía ideas dogmáticas, creía tener una verdad absoluta que comunicar, por lo que escribía libros, tenía discípulos y fundaba academias. Un ejemplo de ello sería Platón, su maestro, quien sí propuso un régimen como el correcto. Por otra parte, el filósofo pensador era alguien más bien escéptico, que creía carecer de verdad alguna que contar y cuyo propósito estaba más orientado a buscar, preguntar y entender. Un ejemplo de este tipo de filósofo sería Sócrates, quien jamás dejó escrito alguno y se dedicó a interrogar a la gente. Pensamos que Aristóteles estaría más próximo a ser este tipo de filósofo. Si bien él sí llegó a escribir libros, es probable que solamente lo hiciera

para plasmar algunas ideas que iba recopilando o coligiendo. Por ejemplo, en el libro I de "La Política" Aristóteles afirma la identidad del ser humano como animal político, destacando su capacidad para reflexionar, razonar y usar el logos para determinar la mejor manera de vivir en comunidad. En el libro III repasa algunos regímenes, distinguiendo entre los regímenes rectos y desviados, así como una crítica a la ciudadanía y, en menor medida, a la democracia. Por otra parte, en el libro IV hace un análisis de regímenes políticos como la democracia y la oligarquía; además, propone la república como una mezcla o intermedio de ambas. Y por último, en el libro VI se dedica a criticar la democracia, también explora los tipos de democracia que existen y cómo debe ser un buen régimen democrático. Es posible que su propósito, aunque resulte aparentemente arbitrario, haya sido exhortar a la población al diálogo; presentando primero la capacidad de razonar del ser humano (libro I), luego mostrando algunos análisis de los regímenes existentes, tanto buenos como malos y/o utópicos (libros III y VI) y por último, presentando una pequeña propuesta, la República, (libro IV) pero siendo esta más una opinión personal o un pequeño aporte en lugar de algo concluyente.

Cabe resaltar, por otro lado, que muchas de las ideas que plantea Aristóteles y los aspectos que confluyen a estas son, a consideración nuestra, de suma importancia tanto para la polis griega como para las sociedades actuales. En ese sentido, planteamientos presentados por este filósofo, como el del tipo de régimen ideal, representado en la República (en la que existe una repartición justa del poder en la polis, que lleva a esta por el camino de la virtud y de la justicia) resultan relevantes en cuanto plantean que cargos importantes deberían ser asignados a aquellos con las capacidades necesarias. Sin embargo, resultan criticables ideas como la que se basa en que a los ciudadanos en cuestión (es decir, aquellos que aportan más a la polis), les corresponde una mayor parte de esta. Por el contrario, creemos que la polis (y las ciudades actuales) deben ser para todos y cada uno de los ciudadanos en igual medida.



Conclusión general

En primer lugar, consideramos que un aprendizaje significativo para nosotros fue el tema de la dialéctica y la retórica. Esto debido que nos dio una visión mayor y una enseñanza

para aplicar en nuestro contexto actual. Es fácil para los políticos utilizar frases bellas y decir lo que creen que queremos escuchar como los sofistas, los cuales tenían la habilidad de dar discursos bellos que lograban persuadir a la polis. Sin embargo, Sócrates va a criticar esto y dirá que la mejor forma de llegar a la verdad es por medio de la dialéctica, es decir utilizando métodos críticos e indagando la verdad, lo mejor para todos de manera empírica. Esto puede aplicarse a todo, desde no dejarse llevar por las publicidades que intentan venderte cosas o en las elecciones presidenciales, pues puedes críticamente pensar y no dejarte convencer de que lo que dicen es cierto solo por la manera en que la expresen. Existe un ideal que comenta que es así como Alan García logró ganar su primer mandato y mantener , aunque por poco tiempo, el apoyo de la población con el uso de los “balconazos”, pues él se comunicaba con la gente a través de discursos llenos de adornos verbales y lograba así su cometido. Todos conocemos el funesto final de su gobierno en 1990, cuando la inflación y la recesión predominaba en Lima junto con el terror de un terrorismo que a las justas fue intentado detener. Es por ello que consideramos que la idea de Sócrates de la dialéctica debe ser practicada por todos nosotros para desarrollar en todos el rol crítico, pues de esta forma podremos evitar consecuencias desastrosas como las anteriormente mencionadas. Esto debe estar presente en la educación actual, no se deben imponer ideas hacia los alumnos, sino debe haber una comunicación dialéctica para lograr comprender las cosas y no solo repetirlas, pues como sabemos el futuro del país así como de la polis, está en las manos de los ciudadanos



Arriba: Alan García dando un discurso en uno de sus famosos balconazos. Muchos peruanos concuerdan en calificarlo como el mejor orador, pero, ¿Es esto suficiente para ser un buen político?

Lo aprendido a lo largo de los diversos autores vistos, así como sus postulados nos deja una enseñanza vital: Los seres humanos somos animales políticos por naturaleza, de tal forma que jamás podremos desligarnos de ello mismo. Querramos o no, nuestra vida girará en torno a la actividad política y las consecuencias, tanto positivas como negativas, que ésta traiga consigo. Es así como nosotros, pertenecientes a una nación (en este caso democrática) debemos actuar activamente en aspectos concernientes al desarrollo de esta misma, más específicamente, actuar acorde a la idiopraxia.

Enfocándonos más en el gobierno democrático, hemos aprendido que este no es bien visto por Platón y Aristóteles, ello debido a que es considerado por ambos como una forma de gobierno deficiente. Esta postura tan crítica hacia la democracia recae en el hecho de que se da prioridad a la voluntad de la mayoría antes que al cumplimiento de las leyes lo cual refleja, en gran medida, la decadencia de la virtud en estos hombres isonómicos. Es así como surge la democracia pura o radical, en la cual cada individuo es libre de hacer y decir lo que le plazca, además de esto, los valores se invierten de tal forma que los jóvenes perderán el respeto hacia los ancianos y los pupilos se rebelarán contra sus maestros. Comparando esta democracia pura con la actual democracia peruana, se puede ver una ligera similitud debido a que se presencia un caos social en muchos aspectos de la realidad nacional que surgen, justamente, por la completa libertad propia en estos individuos. Ejemplo de ello son las diversas marchas que culminan en enfrentamientos físicos entre dos bandos antagónicos, los continuos debates sobre la condena que deben recibir violadores y asesinos de menores, entre otros. Es así como se pueden evidenciar aspectos negativos en nuestra democracia actual; sin embargo, ello no quita el hecho de que sea una forma de gobierno relativamente estable y justa, no solo en el Perú sino también en otros países. Afirmamos ello ya que para cualquier acción determinante en el futuro de la nación siempre (o en la mayoría de los casos) se consulta antes con el pueblo, de tal forma que el rechazo o aprobación de dicha medida recae en la decisión de la mayoría.

Tal y como menciona Aristóteles en la República, un tipo de democracia rescatable se encarna en el pueblo agricultor; en este las magistraturas se otorgan por sorteo, sin embargo, en el caso de las magistraturas más importantes ello no se da de esa forma. En el caso de este tipo de magistraturas, el cargo es otorgado a las personas más capaces, las cuales pertenecen a los estratos privilegiados; cabe resaltar que todo ello se da con el consenso del pueblo. Es en este punto que puedo afirmar que esta práctica del pueblo

agricultor (que recordemos representaba la mejor forma de democracia según Aristóteles) podría ser de utilidad en el contexto de nuestra sociedad democrática actual ya que de ser implementada esta forma de repartición en nuestro país, es muy probable que la calidad de nuestros representantes mejore en gran medida ya que el poder recaería en las manos adecuadas, en manos de personas que realmente puedan desempeñarse bien en su campo.

BIBLIOGRAFÍA

ARENDDT, Hannah

1984 "La respuesta de Sócrates" En ARENDT, Hannah. *La vida del Espíritu*. Madrid, pp. 196-210.

ARISTÓTELES,

1988 *Política*. Traducción de Manuel García Valdés. Madrid: Gredos

BENÉITEZ, Prudencio José-Javier

2007 "Sócrates, ¿un modelo para la democracia?: Relevancia teórica de la ciudadanía Socrática" *Revista de Estudios Políticos*. Madrid, número 137, pp. 155-182

GORGIAS

1996 *Elogio de Helena*. Traducción de José Solana Dueso

GUTHRIE. William Keith Chambers

1999 "La antítesis nómos - physis en moral y política" En GUTHRIE. William Keith Chambers. *Historia de la Filosofía Griega*. Madrid: Gredos, pp. 64-86.

GUTHRIE. William Keith Chambers

1999 "La relatividad de los valores y sus efectos en la teoría ética" En GUTHRIE. William Keith Chambers. *Historia de la Filosofía Griega*. Madrid: Gredos, pp. 166-177.

LAÍN ENTRALGO, Pedro

1958 *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*. Madrid: Revista de Occidente, pp.126-146.

PLATÓN

1988 "Apología de Sócrates". En PLATÓN. *Diálogos*. Madrid: Gredos, pp. 148 - 186.

PLATÓN

1988 "Crítón". En PLATÓN. *Diálogos*. Madrid: Gredos, pp. 187-212

PLATÓN

1988 *República*. Traducción de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos.